

PERSONAJES DE LA ESCUELA/FACULTAD DE VETERINARIA DE LEÓN. VII

Por Miguel Cordero del Campillo

DEOGRACIAS VICENTE MANGAS (1903-1983)

Tiene León fama de frío, particularmente a partir de otoño. Pero no son pocos los días serenos, delicadamente frescos y soleados, en el que nuestros paisanos llaman *el veranillo de San Martín*. Al amor de la abrigada, todavía cabe la charla reposada, aunque una sutil brisa norteña arranque las últimas hojas multicolores de choperas, robledales y hayedos, en valles, solanas y avesedos, respectivamente, para formar el sonoro tapiz que ha de esperar sobre el suelo la caída de las primeras nieves. A veces alternan los días serenos con los de lluvia, o quizá el anticiclón deposite sobre los valles la pesada y fría niebla, que acentúa el carácter melancólico, cuando no triste, de esta estación. Con todo, me parece el otoño una buena estación para decir adiós.



Deogracias Vicente Mangas

An. Fac. Vet. León. 1986, 32, 381-387

Un día de estos (14-X-83) nos abandonó serena y discretamente don Deogracias Vicente Mangas, conocido médico, profesor de la Facultad de Veterinaria (jubilado en ambas profesiones) y maestro de título, ejercicio y vocación familiar. Ya nos falta su simpática figura regordeja, de bamboleante andar, coronada por poderosa y noble cabeza, permanentemente iluminada por una sonrisa bonachona y por sus vivos ojos. Ha desaparecido de la ciudad uno de esos personajes o tipos que dan carácter a su paisaje y que forman parte plástica de ella.

Dediquémosle, como recuerdo y homenaje, unas breves líneas.

EL LINAJE

Los Vicente-Mangas procedían de Zamora. El padre, don José María Vicente y López, había sido maestro Nacional (¡qué bello nombre para una profesión!) en Villadiego (Burgos), donde nacieron Miguel y Deogracias. Desde las tierras del Cid pasó a Guipúzcoa, para ejercer en las escuelas municipales de la capital donostiarra. Con ocasión del Centenario del *Quijote*, pronunció en aquella ciudad un discurso oficial. Allí también preparó sus oposiciones a cátedras de Escuelas Normales del Magisterio, en las que obtuvo las plazas de Ciencias y de Letras (idos plazas!). Fue destinado a la Escuela Normal de Huesca, donde estuvo sólo unos meses.

Con un alto sentido de la amistad, don José María, que se había incorporado a León, pasó a la cátedra de Geografía, para que pudiera venir a nuestra ciudad don Publio Suárez Uriarte, dejándole vacante en la Escuela Normal. Nuestro don José María, fue nombrado Director de la Escuela Normal de Maestros por R.O. de 6-VII-1914, cargo en el que permaneció hasta ser cesado por razones (?) políticas, el 27-X-1936.

El Sr. Vicente y López era, fundamentalmente, un experto en gramática y, particularmente, se consideraba especialista en el adjetivo, tema sobre el que dictó todo un ciclo de conferencias, que fueron un éxito, en el *Ateneo Leonés*, entidad que había contribuido a fundar con don Publio Suárez (padre) y otros próceres leoneses, entre los que no faltó don Gumersindo Azcárate, el *santón* del republicanismo en nuestra provincia. Esta serie de conferencias y otras muchas más, contaban con la favorable acogida del público, en aquel León diminuto del primer tercio del siglo, en el que había unas minorías sumamente activas, preocupadas por la cultura, hacia la que también se sentían atraídos importantes sectores del mundo obrero, que veían en la ilustración un modo de redimirse personalmente y de mejorar la condición de la humanidad.

Peró don José-María era, como persona culta, hombre de más amplias y sólidas inquietudes intelectuales. Su afición a la astronomía lo convirtió en miembro de la *Société Astronomique de France*, cuyo Anuario recibía puntualmente. Con el anteojo astronómico que poseía entonces la Escuela Normal, explicaba a sus alumnos, y a cuantos sentían afición, los misterios del cosmos, mostrándoles la brillante cara de la Luna, o bien a Saturno y sus satélites. Asimismo, recogía datos sobre la meteorología local, en su pequeña estación instalada en la propia Escuela.

Sus eficaces gestiones lograron para León el actual edificio de la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., en el que se conserva la placa que profesores y alumnos le dedicaron en mayo de 1936. Otro patricio leonés, don Julio del Campo, la labró «por amor a la enseñanza». Contribuyeron al logro del edificio los leoneses D. Félix Gordón Ordás y don Miguel Castaño Quiñones, según recogen las actas del centro.

En el propio marco de su actividad docente, don José-María organizó unos cursillos pedagógicos, que habían nacido como medio de regenerar el país a través de la educación.

En calidad de hombre público, por más que él no quisiera nunca reconocerlo, participó en la vida de la ciudad, fuera del recinto académico. Como muchos españoles, que seguían a Costa y clamaban por el *cirujano de hierro* que pusiera orden en nuestra patria, acogió con esperanza el golpe de Primo de Rivera (1923). Hoy resulta extraño para muchos, conocer que hubo abundantes progresistas que apoyaron al general que encabezó el Directorio, como se llamó, pero basta recordar que nada menos que Largo Caballero, el futuro *Lenin español*, aceptó formar parte del Consejo de Estado con el general jerezano. Cuando Primo de Rivera visitó León, don José María Vicente pronunció un discurso ecuaníme, patriótico y cálido, que impresionó muy favorablemente al dictador. Don José-María participó de aquella esperanza y fue presidente de la *Unión Patriótica* y de la Diputación Provincial. Algunos sectores liberales de León no entendieron bien su actitud.

Durante la II República Española, se apartó de la vida política, lo que no impidió que se le acusara de azañista. Tampoco pasaron desapercibidas sus relaciones con los radical-socialistas leoneses, que encabezaba Gordón Ordás y, más tarde, con los miembros de la Unión Republicana, que formaron el veterinario leonés y don Diego Martínez Barrio. Pese a su intervención pública durante la dictadura de Primo de Rivera, su imagen pro-republicana vino a reforzar la actividad política de su yerno, el brillante berciano Inspector del Magisterio, don Rafael Álvarez, trágicamente sacrificado durante la guerra civil (1936). Como grupo profesional, seguramente que fue el Magisterio el que más sufrió en aquella ocasión, particularmente los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza, de inspiración socialista. La separación de los que no fueron fusilados y la vigilancia a que fueron sometidos otros, por determinados sacerdotes que controlaban la presencia del maestro con sus alumnos en la misa —entonces no se hablaba de *libertad religiosa ni de libertad de enseñanza*— fueron penosamente soportadas por los maestros republicanos.

Este fue el ambiente familiar, profesional y ciudadano en que se crió nuestro don Deogracias.

DEOGRACIAS VICENTE MANGAS

Nació en Villadiego (Burgos), el 3-VII-1903 (*), pero se crió en León, al que vino siendo niño. Cursó la enseñanza primaria en el Colegio de Belinchón (actual Colegio Leonés), en el que enseñaba su padre. El bachillerato lo estudió en el Instituto, entonces situado en el edificio, ya desaparecido, de la calle de Pablo Flórez, antiguo Convento de Escolapios y luego Escuela Pericial de Comercio, frente al actual emplazamiento del *Diario de León*. Los dos ejercicios del grado de Bachiller los realizó en León el día 29 de septiembre de 1919, recibiendo en ambos la calificación de sobresaliente. Se le expidió el título con fecha 15 de abril de 1920.

Como su hermano José, cursaría simultáneamente los estudios de Medicina y Veterinaria. Aparte, como respondiendo a un mandato familiar, obtendría el título de Maestro Nacional.

EL MEDICO

Realizó la carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, en Ma-

(*) Debo corregir el error de atribuirle nacimiento en León, que figura en mi obra *La Universidad de León, de la Escuela de Veterinario a la Universidad*. Edit. Everest, León, 1983, pág. 270. La fecha de nacimiento, que tomamos de la documentación personal del archivo de la Facultad también parece, errada, según me informan sus familiares.

drid, a partir del curso 1920-21 y cursó la asignatura de Alemán, que entonces era obligatoria en dicha Facultad, en el Instituto madrileño «Cardenal Cisneros», con la calificación de notable, en el curso 1921-22. Había acabado la carrera en 1926.

Su vida profesional comenzó como médico rural, en Pobladura de Pelayo García, en tierras paramesas. Pronto se incorporó al Laboratorio Municipal, donde se inició en Bacteriología con don Eduardo Pallarés, un excelente médico, al tiempo que ocupó la plaza de radiólogo del Hospital de San Antonio Abad, entonces dependiente del obispado legionense.

Aparte de su actividad docente, como microbiólogo en la Escuela/Facultad de Veterinaria, Deogracias quiso especializarse debidamente, a cuyo efecto marchó a París, a sus expensas, para formarse en el Instituto Pasteur, en el que permaneció durante cuatro meses, trabajando con el uruguayo Dr. Sáez y con el veterinario francés Dr. Bonnet, quien, años más tarde, lo visitaría en León. Durante muchos años, los únicos análisis bacteriológicos clínicos que se llevaban a cabo en León, procedían del laboratorio del Dr. Vicente Mangas.

En cuanto a la Radiología, también alcanzó merecida estima por su pulcritud, que le venía de su habilidad manual y de su gran afición a la fotografía, puestas al servicio de una sólida formación médica.

Cuando la terrible catástrofe de los años 30, en que un autocar cargado de asturianos que regresaban al Principado, tras la romería de la Virgen del Camino, fue arrollado en uno de los peligrosos pasos a nivel de Pola de Gordón, entonces existentes, Deogracias realizó prodigios con los heridos, colaborando con los traumatólogos. Nuevo y dramático trabajo le vino cuando la revolución de octubre de 1934. El ejército premió sus servicios profesionales con la Cruz del Mérito Militar.

Entre sus ilustres enfermos figuró el entonces coronel don Antonio Aranda Mata, futuro defensor de Oviedo durante la guerra civil. Pasaba por León, cuando sintió molestias en el maxilar donde había recibido un tiro en 1934, y acudió a Deogracias para que le hiciera una radiografía. Nuestro Mangas le descubrió una fisura que había pasado inadvertida en otras exploraciones. Aranda quedó agradecido y muy impresionado por la capacidad del médico leonés, pues, hallándose en Galicia de veraneo, lo comentó con el Prof. Novo Campelo, de Santiago de Compostela, a través del cual llegó la noticia a León.

Otra faceta de su quehacer médico fueron las transfusiones, a las que dedicó intensísima actividad, sobre todo cuando inició esta especialidad, de la que fue pionero en León, donde fundó el primer banco de sangre. Deogracias se especializó con el Dr. Elósegui, de San Sebastián. Este médico donostiarra había sido uno de los adelantados de la conservación de la sangre, mediante la solución citada, adquiriendo gran experiencia durante la guerra civil, en los ejércitos nacionales. Para la inyección se empleaba un dispositivo manual, sustituido más tarde por un pequeño motor. Los republicanos, en cambio, habían seguido el camino de la preparación de autoinyectables. En aquellos tiempos se preferían los donantes del grupo 0, que planteaban pocos problemas y no había una seria preocupación por las reacciones de los receptores.

También fue Deogracias iniciador en León de la transfusión directa, vena a vena, y, en una ocasión, salvó la vida de un guardia civil, al que aplicó su propia sangre con este método. El hecho llegó a conocimiento de don Miguel Cabanellas y Ferrer, Director General de la Guardia Civil, quien, al visitar la casa-cuartel de la entonces Travesía de don Cayo (hoy Capitán Cortés), mostró deseos de conocer a don Deogracias, que, efectivamente, le fue presentado. La noticia apareció en la prensa local.

Su habilidad manual se ejerció también en la transfusión infantil, que se aplicaba a

la inyección de plasma para combatir la deshidratación, por vía cisternal, hasta que llegó a prohibirse este método. Deogracias actuaba con facilidad en la yugular.

Por encima de todo, fue un médico ejemplar por su ciencia y por su bondad.

EL VETERINARIO

Simultaneando los estudios oficiales de Medicina, con los libres de Veterinaria, Deogracias se matriculó en la Escuela leonesa en el curso 1920-21 y concluyó la carrera en 1926. Le fueron convalidadas las asignaturas de Histología, Anatomía Patológica y Patología general, que había aprobado en la Facultad de Medicina madrileña. En las disciplinas específicamente veterinarias obtuvo cuatro aprobados, seis notables y ocho sobresalientes. Entre estos últimos figuran los de Bacteriología, Parasitología, y preparación de Sueros y Vacunas, y el de Enfermedades Parasitarias e Infecciosas, campos en los que iba a ejercer activamente su magisterio. Completó la documentación para la expedición del Título de Veterinario en 1-XII-1932 y le fue expedido el mismo por el Ministerio, con fecha 20-XII del mismo año.

Entró como Profesor Auxiliar interino de la Escuela en 29-XI-1932, adscrito a Bacteriología, Parasitología, Inmunología y Preparación de Sueros y Vacunas. En este puesto permaneció hasta el 1-XII-1936, fecha en que fue cesado por orden del Rector de la Universidad de Valladolid, a la que había sido adscrita provisionalmente la Escuela Superior de Veterinaria de León, mientras duró el cerco de Oviedo.

Como todos los docentes que tenían nombramiento del periodo republicano, fue sometido a «depuración», pese a haber prestado servicios médicos en el Ejército de Franco y a no haber participado nunca en actividades políticas. Pasó favorablemente la prueba, en 1939, de manera que fue repuesto en su cargo.

Mediante oposición, logró la plaza de Profesor Auxiliar Numerario de Bacteriología e Inmunología (O.M. de 16-III-1940), puesto en el que permaneció, ocupando interinamente la cátedra, hasta que tomó posesión de ella don Santos Ovejero del Agua (21-IV-1947). Continuó posteriormente como Profesor Auxiliar hasta su jubilación, en 1973.

Quienes fuimos sus alumnos, le recordamos explicando de pie, inquieto, vívido, con nerviosos movimientos de manos, elevada la mirada, la vista en la lejanía, pronunciando enfáticamente los datos científicos o técnicos, que adornaba con abundantes anécdotas y salpicaduras de humor, que hacían más fácil la retención de lo explicado. Parecía entusiasmado ante los grandes pasos de la Microbiología, cuando explicaba la calamidad ganadera de los *campos malditos*, o cuando refería los primeros ensayos de vacunación contra el cólera de las gallinas, con cultivos envejecidos de *Pasteurella*. Pero nada igualaba su entusiasmo como cuando hablaba de los progresos en la vacunación antirrábica, desde la inmunización de Joseph Meister, hasta la llegada a París de aquellos aterrorizados *mujiks* rusos, mordidos por lobos rabiosos, que sólo conocían una palabra: ¡Pasteur, Pasteur!. Sus vivos movimientos sobre el estrado y la moda de aplicar a los profesores nombres de películas, le valieron el calificativo de *Nacido para la danza*. Por entonces circulaban entre los alumnos parecidas designaciones: *Vive como quieras*, para D. Crisanto Sáenz de la Calzada, el liberal por antonomasia; *Dueña y señora*, para don Aureliano González Villarreal y *El zar loco* para don Pedro González Fernández, el atrabiliario director de la Escuela.

Don Deo, como le llamábamos, era respetado y querido por sus alumnos, a quienes ayudaba profesionalmente con sus análisis de rutina y, no pocas veces, con los más comprometidos y secretos que venían del culto a Venus. En clase se mantenía, sin ne-

cesidad de gestos hoscos ni estridencias, en una disciplina distendida que nacía de su *autoridad*, en el sentido clásico, ayudada por la bondad que trascendía de toda su persona. Es muy rico el anecdotario de su profesorado. En cierta ocasión, en clase de Bacteriología, en el pabellón que se había construido adosado a la muralla, en el viejo caserón del antiguo convento de los Descalzos –ya demolido, para construir el Instituto Legio VII– la clase se hallaba repleta de estudiantes, muchos de pie. Don Deo decidió preguntar aquel día para ver cómo iban recibiendo sus enseñanzas los alumnos. Lista en mano, comenzó a hacer llamamientos, sin que se escuchara el reglamentario *servidor (o presente)*... Ya iban citados más de veinte alumnos, cuando don Deo, un poco amoscado, tiró la lista sobre la mesa y mirando irritado al auditorio increpó:

–Pero bueno, ¿Vds. quiénes son?

En sus manos nunca fueron unas *marías* la Bacteriología, ni la Inmunología.

Sería interminable la referencia de innumerables situaciones en las que brillaba su picardía, gracia y bondad, cualidades todas que sus alumnos apreciaban profundamente.

EL HOMBRE

Por encima de todo, Deogracias fue una persona cargada de bondad, provista de un firme sentido de la amistad y de amplia generosidad ante los necesitados. Para sus estudiantes, podría decirse que era paternal, en el mejor sentido de la palabra. Aunque de gran timidez, podía sorprender con sus actitudes audaces, porque no estaba pendiente del juicio de los demás, sino de su propia conciencia.

Persona muy activa, iniciaba su jornada ordinaria a las 6,00 de la mañana, muchas veces tras haber tenido que interrumpir su reposo nocturno para practicar una o más transfusiones urgentes. Por ello, no era raro que dormitara durante el día, al modo del «traperero del tiempo» de que nos hablaba Marañón. Era gracioso contemplarle jugando su partida de dominó con Don Ricardo Hidalgo y con don Manuel Fanjul, sus amigos de bachillerato, durmiéndose entre ficha y ficha. Tampoco era raro que se durmiera en los espectáculos a los que acudía para distraer su actividad médica. En ocasión en que actuaba en León la compañía de Antonio Rabal, se hallaba nuestro Deo plácidamente dormido en la primera fila de butacas y el actor, que lo advirtió, interrumpió la representación y dirigiéndose al público, con una mano señalaba a Deo y con la otra, sellaba verticalmente su boca con el índice, para reclamar silencio:

–¡Chis! Por favor, no aplaudan, no vayan a despertar a este señor.

La carcajada del público desveló a Deogracias, que también se rió, naturalmente.

Su sentido de la amistad le venía de los adentros, como si fuera genéticamente determinado. Tan natural parecía, que a nadie extrañaba el calor con que sostenía sus tesis ante los discrepantes, alguno tan tenaz en la defensa de sus posiciones como Toribio Ferrero López, con quien sostenía épicas discusiones, pese al firme afecto que se profesaban. Buenos amigos y contertulios en aquellos cafés del Victoria eran don Daniel Alonso, el abogado del Estado; Antonio Carvajo Madrigal, abogado fiscal de la Audiencia y Delegado Provincial de la Vivienda; el procurador señor Prada, de masiva humanidad, sostenida por su jovialidad y buen apetito; los miembros de la familia Carnicer y, por supuesto, los Morros, con quienes la relación venía ya de familia.

Bien educado y de correcto trato, el *qué dirán* le importaba un comino. Con sus cámaras *Leica* o *Contax* provista de *flash*, lo mismo hacía fotografías a las *vedettes* de la revista de turno, que iluminaba el templo donde se celebraba el bautizo de uno de sus sobrinos, mientras el sacerdote miraba entre sorprendido y molesto al espontáneo fotógrafo.

cesidad de gestos hoscos ni estridencias, en una disciplina distendida que nacía de su *autoridad*, en el sentido clásico, ayudada por la bondad que trascendía de toda su persona. Es muy rico el anecdotario de su profesorado. En cierta ocasión, en clase de Bacteriología, en el pabellón que se había construido adosado a la muralla, en el viejo caserón del antiguo convento de los Descalzos –ya demolido, para construir el Instituto Legio VII– la clase se hallaba repleta de estudiantes, muchos de pie. Don Deo decidió preguntar aquel día para ver cómo iban recibiendo sus enseñanzas los alumnos. Lista en mano, comenzó a hacer llamamientos, sin que se escuchara el reglamentario *servidor (o presente)*... Ya iban citados más de veinte alumnos, cuando don Deo, un poco amoscado, tiró la lista sobre la mesa y mirando irritado al auditorio increpó:

–Pero bueno, ¿Vds. quiénes son?

En sus manos nunca fueron unas *marías* la Bacteriología, ni la Inmunología.

Sería interminable la referencia de innumerables situaciones en las que brillaba su picardía, gracia y bondad, cualidades todas que sus alumnos apreciaban profundamente.

EL HOMBRE

Por encima de todo, Deogracias fue una persona cargada de bondad, provista de un firme sentido de la amistad y de amplia generosidad ante los necesitados. Para sus estudiantes, podría decirse que era paternal, en el mejor sentido de la palabra. Aunque de gran timidez, podía sorprender con sus actitudes audaces, porque no estaba pendiente del juicio de los demás, sino de su propia conciencia.

Persona muy activa, iniciaba su jornada ordinaria a las 6,00 de la mañana, muchas veces tras haber tenido que interrumpir su reposo nocturno para practicar una o más transfusiones urgentes. Por ello, no era raro que dormitara durante el día, al modo del «traperero del tiempo» de que nos hablaba Marañón. Era gracioso contemplarle jugando su partida de dominó con Don Ricardo Hidalgo y con don Manuel Fanjul, sus amigos de bachillerato, durmiéndose entre ficha y ficha. Tampoco era raro que se durmiera en los espectáculos a los que acudía para distraer su actividad médica. En ocasión en que actuaba en León la compañía de Antonio Rabal, se hallaba nuestro Deo plácidamente dormido en la primera fila de butacas y el actor, que lo advirtió, interrumpió la representación y dirigiéndose al público, con una mano señalaba a Deo y con la otra, sellaba verticalmente su boca con el índice, para reclamar silencio:

–¡Chis! Por favor, no aplaudan, no vayan a despertar a este señor.

La carcajada del público desveló a Deogracias, que también se rió, naturalmente.

Su sentido de la amistad le venía de los adentros, como si fuera genéticamente determinado. Tan natural parecía, que a nadie extrañaba el calor con que sostenía sus tesis ante los discrepantes, alguno tan tenaz en la defensa de sus posiciones como Toribio Ferrero López, con quien sostenía épicas discusiones, pese al firme afecto que se profesaban. Buenos amigos y contertulios en aquellos cafés del Victoria eran don Daniel Alonso, el abogado del Estado; Antonio Carvajo Madrigal, abogado fiscal de la Audiencia y Delegado Provincial de la Vivienda; el procurador señor Prada, de masiva humanidad, sostenida por su jovialidad y buen apetito; los miembros de la familia Carnicer y, por supuesto, los Morros, con quienes la relación venía ya de familia.

Bien educado y de correcto trato, el *qué dirán* le importaba un comino. Con sus cámaras *Leica* o *Contax* provista de *flash*, lo mismo hacía fotografías a las *vedettes* de la revista de turno, que iluminaba el templo donde se celebraba el bautizo de uno de sus sobrinos, mientras el sacerdote miraba entre sorprendido y molesto al espontáneo fotógrafo.

—Vd. bautice, bautice y no se preocupe de mí, le dijo al asombrado párroco de San Marcelo, don Teodoro Sánchez Aníbarro, mientras hacía contorsiones para buscar la posición más favorable para captar los gestos del nuevo miembro de la familia y lanzaba, uno tras otro, sus destellos. Entonces la fotografía en los templos todavía no estaba de moda.

Cuando visitó León Xavier Cugat con una de sus acostumbradas bellas acompañantes —creo que fue Abe Lane— Deo no resistió la tentación de guardar en su archivo la imagen de aquella espléndida mujer y se lanzó decidido por el pasillo central del teatro, a disparar su cámara. A la llamarada del *flash* acudió Cugat, quien le exigió el rollo del filme. Por supuesto, Deo no opuso la menor resistencia y entregó un rollo... pero no el que había impresionado con la bella. No pocas veces, estos pequeños y divertidos incidentes terminaron en su laboratorio fotográfico, con brindis a base de vino de cava.

Fueron los automóviles, como, en general, los aparatos, una de sus grandes aficiones. Su primer vehículo fue un Peugeot que cambió por un Ford-8, automóvil con que le conocimos en los años 40. Con sus altos ejes y la conducción brusca y, muchas veces distraída, que practicaba, lo recordamos dando tumbos por aquellas calles con baches, el semblante bonachón y sonriente, el sombrero echado hacia atrás y la mente en el próximo enfermo al que iba a atender. Extrañamente, jamás tuvo un accidente. En cambio, sufrió un atropello en la Avenida de la Facultad de Veterinaria, del que se recuperó excelentemente, pese a que tenía avanzada edad. Del *Ford* pasó al *Morris*, *Seat*, etc.... siempre vendiendo el anterior a algún avisado que conocía cómo tenía de bien equipados sus automóviles Deogracias.

Como pedía su condición de soltero y toleraba la sociedad burguesa de León, con su doble moral, Deo tuvo su vida galante, con la discreción que aconsejaba su posición y su habitual timidez. Como Toribio Ferrero, con quien compartió diversiones y algunos problemas académicos, Deo fue un potencial y excelente marido, que sacrificó su matrimonio para atender a su familia.

Gran aficionado a la Historia, gustaba leer todo cuanto se publicaba sobre el general Franco a quien, por los hechos que mencionamos y también por la actitud netamente liberal que informó la vida de Deo, profesaba una intensa antipatía. Aunque los idiomas no eran su fuerte, pues se confesaba poco dotado para ellos, conocía bien el francés, tenía sus nociones de alemán e inglés y por ello consultaba para esta afición y para su profesión, publicaciones originales en estas lenguas. A veces, contaba divertido algún *gazapo* que había advertido en obras españolas, que habían utilizado fuentes francesas: *large* (ancho) confundido con *longue* (longitud), traduciendo la primera como *largo*.

Así vimos nosotros (sus discípulos y yo) al profesor y al amigo.

Seguro que era mucho mejor, pero su pudicia nos ocultó otras virtudes y cualidades. Que descansen en paz o, como decían los latinos, que le sea leve la tierra.